

## PANEGIRICO DE SANTO TOMAS DE AQUINO

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO DE BOGOTA  
EL DIA 7 DE MARZO DE 1923

*Sapientiam ejus enarrabunt gentes,  
laudem ejus enuntiabit Ecclesia.*

Eccli. 39, 14.

Excelentísimo señor Nuncio Apostólico:

La mano omnipotente de Dios que todo lo ordena a sus fines providenciales, dispuso que la vida de Tomás de Aquino se desarrollase en uno de los más brillantes períodos que registra la historia. Era el siglo que se honró con San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, con San Pedro Nolasco y San Raimundo de Peñafort, con Bacón y Alejandro de Alés, con el seráfico doctor San Buenaventura y el gran tau-maturgo de Padua. San Luis, rey de Francia, dirigía las últimas cruzadas hasta rendir gloriosamente la vida a las puertas de la infestada Túnez; los pueblos del Báltico abrazaban la fe verdadera; el Ponticado había llegado en Inocencio III al apogeo de su influjo bienhechor sobre las naciones; y mientras las flechas de las catedrales góticas se levantaban airosas hacia el cielo, el genio cristiano construía otros monumentos no menos célebres en la lucha de la verdad contra el error: las universidades de la Edad Media. Eran éstas una verdadera potencia social, y un foco al rededor del cual giraba gran parte de la vida moral e intelectual de Europa. Los pontífices y los reyes no sólo las enriquecían con señalados privilegios, sino que también las consultaban como a oráculos de la verdad. Colonia, Bolo-

nia, Salamanca y sobre todo París contemplaban asombradas desfilar por sus calles verdaderos ejércitos de estudiantes y veían agruparse en torno de un Alberto Magno o de un Pedro Lombardo a eclesiásticos y seculares, príncipes y plebeyos, laureados doctores y gallardos militares.

Tal era la situación en el campo de la Iglesia cuando se presentó en él, vestido con el blanco hábito de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, un nuevo campeón de modesto aspecto, pero en cuyo cerebro se escondía una de las mayores potencias intelectuales con que Dios haya dotado a un hombre, a este hombre extraordinario destinado para ser el Ángel de las Escuelas y el sol de la teología.

Pero Tomás supo juntar en lazo estrechísimo dos cosas que a los ojos empañados de los hijos del siglo parecen inconciliables y antitéticas: la sabiduría y la virtud, la ciencia y la santidad. Y estas dos cosas que hacen de Tomás de Aquino el genio de la razón y de la fe, forman en conjunto el carácter admirable de quien mereció de la célebre Universidad de Alcalá el título de *ángel entre los doctores y doctor entre los ángeles*, carácter que la Iglesia nos describe en la oración del Santo: *mira eruditione clarificas et sancta operatione fecundas*.

Hé aquí la corona que, tejida por el amor ferviente y la sincera admiración, quiero hoy colocar sobre las sienés inmortales del Doctor y del Santo incomparable, levantado sobre la cumbre de nuestras edades cristianas para reflejar por todas partes la luz de Cristo. Imploramos el favor de la que es «trono de la sabiduría» y «madre de la Divina Gracia,» diciéndole con el ángel: *Ave Maria*.

## I

Santo Tomás de Aquino, luz de la Iglesia Católica, doctor angélico, conductor seguro de las escuelas, ornamento y gloria de la sagrada Orden de Predicadores, fue nobilísimo e hijo de los ilustres condes de Aquino. La célebre abadía de Monte Casino, en donde pasó la infancia desde los cinco a los diez años de edad, y Nápoles, donde cursó la dialéctica y la retórica, fueron testigos de la inocencia de su vida hasta entregarse totalmente a Dios en la esclarecida Orden de Santo Domingo. Arrebatado en el camino, de viaje para París, sufrió encerrado en la fortaleza de Rocaseca, de parte de su madre y sus hermanos, por espacio de dos años, los asaltos y los malos tratamientos y persecuciones que sufrían los mártires de parte de los tiranos, sin que cediera un punto su constancia, pues su pecho resistía a todos los golpes como una roca firmísima y como un muro de acero impenetrable. Consagrado al Señor por la profesión religiosa, cursó los estudios superiores bajo la acertada dirección de Alberto Magno, y a los veinticinco años de edad recibió con el mayor lucimiento el grado de doctor, para ser en adelante maestro aventajado y propugnar desde la cátedra de las más célebres universidades el dogma católico con tanta claridad, sutileza, resolución y valentía que, desde entonces acá, no ha habido quien le iguale. Quiso multiplicarse y empuñó la pluma: ese instrumento maravilloso, con que logra el hombre igualar el radio de su acción con el radio de la tierra. Siempre aplaudido y humildísimo siempre, despreció las dignidades que a porfía le brindaban los soberanos Pontífices, y voló al cielo cuando contaba apenas cincuenta años, pero lleno de méritos, en el monasterio de religiosos de San Bernardo de Fosanova el 7 de marzo de 1274.

Ved aquí en pocas palabras el teatro de la ciencia extraordinaria de Tomás de Aquino, proclamado solemnemente por León XIII celestial patrono de todas las escuelas católicas del orbe.

De Tomás dicen las lecciones, del Breviario que no había en su tiempo género alguno de conocimientos en que no fuese versadísimo, y esto se ve claramente en sus numerosas obras, de las cuales las principales son: las dos *Sumas*, teológica y contra los gentiles—escrita esta última a ruegos de San Raimundo de Peñafort,— las *Cuestiones disputadas* y los *Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias* y los no menos célebres sobre varios libros de la Escritura, obras todas en las que se contiene tan encumbrada ciencia, que el mismo Doctor Angélico, después de pasar la vida en atento estudio y profunda meditación, decía a su confesor y constante compañero Fr. Reginaldo, que su ciencia no era producto del ingenio ni del trabajo, sino iluminación del cielo recibida a los pies del crucifijo. Y es así que nunca la Iglesia encontró en sus obras una frase reprehensible, sino por el contrario, raudales de celestial sabiduría, pues los dogmas más inaccesibles a nuestra inteligencia los expone con claridad que sobrepuja al humano ingenio, y que le alcanzó de boca de los Pontífices el título de Angélico, que ya había merecido por su acrisolada pureza, nunca mancillada, y libre aún de los menores incentivos de pecado, desde el día en que, asediado en su prisión de Rocaseca, persiguió armado de encendida tea al enemigo que quería robarle su pureza, y recibió de mano de los ángeles el cingulo de castidad perfecta que le ciñeron en premio de su victoria.

Gloria es especial de la ciencia del Doctor de Aquino el haber hallado la ruta para comunicar esos dos océanos que se llaman la filosofía y la teología; él trajo

a Aristóteles a militar bajo las banderas de Cristo. Por eso Tomás es oráculo de lo teología y maestro de la filosofía; por eso él hizo hablar a ambas en la lengua más católica y más racional, más profunda y más clara, más llena y más precisa, más angélica, en fin, que es posible imaginar.

Y verdaderamente encanta la maestría y claridad con que trata las cuestiones más difíciles de la filosofía, lo mismo que los sagrados dogmas de la religión cristiana, no menos que la facilidad y dulzura con que va desarrollando ante los ojos todos sus pensamientos con riqueza de ideas nunca vista. Y por esto no es raro que la mayor parte de los escritores de alguna nombradía hayan ido a beber en ese manantial inagotable y purísimo la verdadera sabiduría, la sabiduría que lleva a Dios, la sabiduría que subordina las criaturas al Creador, la sabiduría que levanta al hombre en alas de la fe y la razón a una vida espiritual y divina.

La ciencia del Angélico es además la ciencia de la salvación; pues no solamente enseña los deberes del hombre en todos los estados de la vida pública y privada, de superior y de súbdito, sino también toca con profundo conocimiento lo más encumbrado de la perfección cristiana. Así que todos los ascetas del siglo de oro de la literatura española—los más perfectos que conoce ninguna literatura en tiempos antiguos y modernos—bebieron directamente del rico caudal del Angel de las Escuelas, pues los Leones y Granadas, La Puentes y Rodríguez, Avilas y Rivadeneiras, y el extático San Juan de la Cruz y la mística Doctora del Carmelo están empapados y respirando por todas partes la doctrina de Santo Tomás, que no es otra que la doctrina de la Iglesia, la doctrina que se enseña en la Escritura y la tradición, y en las obras todas de los Santos Padres.

Se brinda también la ciencia y la doctrina de Santo Tomás para declarar e impugnar todos los errores y herejías, porque su razonamiento no concluye sólo contra los albigenses, mahometanos y judíos, a quienes el Santo Doctor más expresamente impugnaba, y contra los últimos restos de los maniqueos que desde los primeros siglos del cristianismo, ya antes de San Agustín, asediaban la Iglesia de Jesucristo, sino también contra la secta, o mejor diré, las innumerables sectas que se levantaron en tiempo de la mal llamada Reforma, lo mismo que contra la desenfrenada turba del fatal liberalismo o contra el monstruoso engendro del modernismo. Así pasarán los siglos; a unos errores se sucederán otros, pero todos ellos no harán sino amontonar nuevos triunfos a los pies del invicto Tomás de Aquino. Y no creáis que exagero. Oid al inmortal León XIII—su mejor panegirista—en la Encíclica *Æterni Patris*: «El Doctor Angélico consiguió deshacer él solo los errores de los tiempos pasados, y suministrar armas invencibles para refutar los que perpetuamente surgirán en los siglos venideros.» De donde muy bien concluye el Papa: «La razón, elevada a su mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede esperar de la razón mayores o más poderosos auxilios que los que hasta aquí ha conseguido por Tomás.»

## II

Si Santo Tomás no tuviera para vosotros, mis amados hermanos, el aliciente de su sabiduría, es tal el conjunto de virtudes que su vida santísima ofrece a vuestra consideración, que esto sólo sería más que suficiente para mover el afecto de vuestros nobles corazones al amor e imitación de tan gran santo.

Cuanto se requiere para formar una alma grande que arrebatte vuestra admiración, lo hallaréis en Santo Tomás de Aquino: joven de familia de magnates, lleno de esperanzas de este mundo, lo dejó todo por el tosco

sayal del religioso. Hombre verdaderamente sacrificado, puso toda su alma en cumplir íntegramente sus deberes. ¡Cuántas horas se le pasaron llorando a los pies del crucifijo, pidiendo luz al Señor sobre las cuestiones difíciles que había de explicar! Vio coronados sus esfuerzos con éxito brillante, cual pudieran desear los ambiciosos de este siglo, y nunca admitió el más ligero movimiento de vanagloria. Con tal cautela encubrió sus altas prendas, que uno de sus compañeros de estudio se ofreció a repetirle por caridad las explicaciones de la clase, y nuestro Santo le oía cada día humildemente; pero pronto se desengañó el caritativo compañero, pues vio que Tomás suplía magistralmente lo que él había dejado escapar de la memoria o no había podido comprender, y sólo consintió el Santo en que desistiera de su empresa a condición de no decir a nadie lo ocurrido. Idea semejante se habían formado los demás discípulos, pues al ver su modestia y silencio lo llamaban el *buey mudo*, hasta que un día admirado Alberto Magno de su penetrante inteligencia les dijo: lo llamáis buey mudo, y de verdad os digo que dará mugidos que se harán oír por toda la tierra.

En todas las virtudes era tan perfecto y acabado, que el Papa Clemente VI, en un sermón dice de él estas palabras: «El bienaventurado Santo Tomás fue dechado de todas las virtudes, y todos sus miembros eran ejemplos manifiestos de ellas: en sus ojos se veía simplicidad, en su rostro benignidad, en sus oídos humildad, en su gusto sobriedad, en su lengua verdad, en sus manos largueza, en su andar gravedad, en su semblante honestidad, en sus entrañas piedad, en su entendimiento claridad, en sus afectos dulzura, en su mente santidad, en su corazón bondad: de manera que toda la hermosura del cuerpo fue un retrato del alma y una imagen de virtud.»

Pero quizás, hermanos míos, lo que más debe moveros a amar a Santo Tomás, lo que más debe arrebatarse vuestro afecto, lo que más debéis imitar en él, es

el amor tierno y fervoroso que profesó toda su vida al autor de nuestra salud, Jesucristo Nuestro Señor. Este amor inspiró al Angélico Doctor los himnos y el oficio del Santísimo Sacramento, tan nutridos de los profundos afectos de su alma grande y endiosada, mezcla sublime de poesía y teología, de belleza y verdad.

El amor a Jesucristo también fue el que le inspiró aquella sublime respuesta que dio al Señor cuando le aprobó la tercera parte de la *Suma* y le ofreció el premio que quisiera con estas palabras: «Bien has escrito de mí, Tomás, ¿qué quieres que te dé en recompensa?» Porque no contestó lo que hubieran contestado los ambiciosos de la tierra, ni los sabios de este siglo, ni siquiera lo que en caso semejante pidió Salomón, el rey sabio; nada de eso pidió, porque su petición fue la de un corazón amante, de un corazón encendido. Y así: «Ninguna otra cosa quiero, Señor, sino a Vos mismo,» fue la respuesta del enamorado y Angélico Doctor. En verdad, oh gran Santo, vuestra respuesta me hace conocer mejor la grandeza de vuestro espíritu que todos vuestros libros; vuestra respuesta me da más alta idea de vuestra sabiduría, de vuestra teología, de vuestro conocimiento de las Sagradas Letras. Vos no queréis más que a Jesús, porque aprendisteis de San Pablo que El es nuestra sabiduría, virtud y fortaleza. ¡Oh Doctor y Santo muy amado! los honores y la gloria que vos menospreciasteis por preferir a Jesús en lugar de todas las cosas, tampoco os faltan. La grande Orden en que brillan tantos doctores, tantos mártires, tantos obispos, tantos cardenales y hasta papas, como otras tantas estrellas que adornan el cielo de la Iglesia; esta grande Orden os mira siempre como su sol. Toda la Iglesia—y en especial la Compañía de Jesús que os tiene como su propio Doctor y cuyos profesores más connotados se glorian de ser intérpretes de vuestra doctrina—os admira, os alaba y os bendice como a un sol resplandeciente que lleva su luz por todas partes, y cuya obra está llena de la gloria de Dios. Por último, gran Doc-

tor y gran Santo, ya que vos nos habéis dejado a todos vuestros escritos y vuestros ejemplos, dignaos iluminarnos y guiarnos también a todos hacia la Verdad Eterna que vos contempláis ya cara a cara, después de haberla buscado sobre la tierra con tantos trabajos y fatigas.

JOAQUÍN EMILIO GOMEZ, S. J.

---

### DESPIERTA....!

Despierta, madre, despiértal  
Ya asona en la riente huerta  
El astro rey sideral;  
En la enramada las aves  
Cantan, melifluas y suaves,  
Una canción matinal.

Despierta, madre, despierta!  
Yo no creo que estés muerta,  
Tú por siempre vivirás;  
Si aún perfuman nuestras flores  
Y en el cielo hay mil fulgores;  
Oh! tú nunca morirás.

Despierta, madre, despierta!  
Que tu mirada en mí vierta  
Ese amoroso fulgor,  
Y que tus labios me besen,  
¡Mis tristes ideas cesen  
Al sentir todo tu amor!

Despierta, madre, despierta!  
No quiero que nadie advierta  
Que tú duermes tanto así.  
¡Estás blanca y estás fría!  
Oh! ¿Qué tienes, madre mía?  
Despierta que estoy aquí!

